

Manuel Ugarte y la unidad latinoamericana

Cuando pienso en Manuel Ugarte, en su vida de infatigable luchador consagrado a la causa de la unidad latinoamericana y en su muerte, aquel triste día 2 de diciembre de 1951 en que se apagó su luminosa existencia en la soledad y la pobreza, tan lejos de lo que él llamó la Patria Grande, me consterno al imaginar que seguirá transcurriendo el tiempo y que se irán extinguiendo otras vidas, sin que se hayan hecho realidad todavía los ideales de aquellos hombres que ayer combatieron y de los que hoy continúan combatiendo, sin tregua y sin desmayo, por la liberación de América Latina.

Y no es que yo sea, en absoluto, un impaciente desesperado al extremo de la irracionalidad ni un pesimista atrapado en la frustración y en la derrota. Ni lo uno ni lo otro. Creo que la iniciativa histórica nos pertenece a quienes estamos empeñados en lograr la liberación de nuestros pueblos, de acuerdo con las condiciones y características nacionales concretas de la realidad objetiva de cada país. Y lo que está sucediendo en otras latitudes así lo demuestra, con las sucesivas derrotas del imperialismo, el derrumbe del colonialismo y el consiguiente cambio en la correlación de fuerzas en el mundo.

Por ello, tengo fe y confianza en la juventud y en los trabajadores. Es más, puedo afirmar con seguridad que, con la firmeza, la constancia y el valor de los que no se rinden ni claudican, venceremos. Sin embargo, no puedo menos que confesar con franqueza que, cuando escucho en este tiempo las mismas palabras con las que se denostaba en el pasado a Bolívar, a San Martín, a Morazán y a otros ilustres unionistas como José Cecilio del Valle, Justo Rufino Barrios y Manuel Ugarte, entre otros, me duelen el apaciguamiento y el conformismo tanto como el casuismo de los que parecen haberse encerrado en una especie de teología de la evasión.

Hay quienes consideran que no ha llegado la hora del compromiso porque la unidad latinoamericana es un proyecto a largo plazo que nos llevará toda la vida, por lo que a veces la ambigüedad de la retórica parece sugerir que debemos dejar pendiente para mañana, una obligación y un deber que debemos iniciar hoy mismo y cumplir todos los días.

Por esto, un amigo y veterano luchador dedicado a las causas populares, recientemente me decía que la resistencia contra el imperialismo —el enemigo común de nuestros pueblos— es una tarea continua, permanente, de todos los días y una forma de combatir por la unidad de nuestros pueblos, los que nunca más podrán permanecer aislados porque las luchas nacionales para vencer definitivamente tendrán que entroncarse en el proceso de la revolución latinoamericana.

Esta es la realidad que no comprenden los indecisos o indiferentes, todos aquellos lerdos transeúntes de la vida a los que hay que sacudir para despertar sus conciencias dormidas y acicatearlos para que en la brega diaria comprendan que no pueden sustraerse, sin riesgo de cometer una traición, al destino histórico de su pueblo.

Pero en nuestra América, llamada así por José Martí, hay hombres que comprendieron y encendieron su vida para alumbrar el camino de la unidad y la liberación de la patria común. Uno de estos hombres que nos legó su ejemplo, el testimonio de sus luchas y su pensamiento, como huella profunda en la realidad latinoamericana, que no ha podido borrar la envidia, la ingratitud ni el tiempo, es el argentino Manuel Ugarte que al cabo de los cien años de su nacimiento, todavía se deja escuchar como cuando en *El destino de un continente*, preguntaba: "¿Cómo no surgió una protesta en toda la América de habla española, cuando los territorios de Texas, California y Nuevo México fueron anexados a los Estados Unidos? ¿Por qué razón no hubo en el continente una sublevación de conciencias, cuando los que fomentaron el separatismo de Cuba en nombre de la libertad, invocando altos principios de justicia y argumentando el derecho de los pueblos a disponer de su suerte, impusieron la cesión de estaciones navales en las costas de la isla? ¿Se concilia, acaso, con la plena autonomía de nuestros países, la existencia en Washington de una oficina de repúblicas hispanoamericanas que tiene la organización de un Ministerio de Colonias? ¿No implica la doctrina Monroe un protectorado?..."

Ugarte conoció también el monstruo en sus entrañas, como Martí. Llegó a Estados Unidos cuando aún resonaba aquella frase pronunciada por el senador Preston en 1838: "La bandera estrellada flotará sobre toda la América Latina hasta la Tierra del Fuego, único límite que reconoce la ambición de nuestra raza". Identifica el feo rostro del imperialismo y recorre América Latina con su mensaje de unidad, recibiendo en todas partes el apoyo de la juventud y los ataques de los separatistas que seguían en la rutina servil de las oligarquías exportadoras. Cuando llega a La Paz sus emociones son insólitas, no solo por el marco natural de la ciudad más alta de América, sino por lo que encuentra. Y así más tarde escribe: "En Bolivia encontré un ambiente nacionalista desligado de influencias extrañas". Después de su conferencia en el Teatro Principal el pueblo lo aclama y vitorea a Bolivia y a la unidad latinoamericana. Corría el año de 1913 y el embajador norteamericano, Horace G. Knoewls, le injuria públicamente, lo que motivó que Ugarte le envíe inmediatamente sus padrinos para un lance que no llega a realizarse por intervención del ministro argentino en La Paz, pero el pueblo paceño repudia a Knoewls y pasea en hombros al latinoamericano Manuel Ugarte, el hombre que siempre fue partidario de dar una solución justa a la situación de enclaustramiento en que ya se encontraba Bolivia desde la infausta guerra de agresión de 1879, como puede leerse en su libro *La Patria Grande*, página 73.

A Manuel Ugarte apenas empieza a hacerse justicia en América Latina. Su recuerdo induce a la reflexión pero también a la acción. Y qué mejor homenaje a este precursor del nacionalismo latinoamericano que leer su obra y reiterar el propósito de continuar la lucha por la unidad y la liberación de América Latina hasta la victoria final.